

Echó á andar y bajó la escalera.

La seguí sin perderla de vista y observando sus menores movimientos.

El coche nos estaba aguardando delante de la puerta de la calle.

Abrí la portezuela é hice subir á Paula.

Dirigí una rápida ojeada á mi alrededor, y en la acera no ví absolutamente á nadie.

Tranquilo acerca de este punto, creí que podría acercarme á mi ayuda de cámara que, en aquel momento, ayudaba al cochero á colocar el equipaje en el pescante.

Tenía que darle algunas órdenes y, cuando un minuto después de dadas me volví, me llamó la atención una mujer que cruzaba con mucho apresuramiento la calle.

La reconocí enseguida; era la doncella de la señora de Blangy.

Mientras yo vigilaba la acera se aprovechó de ello para cruzar el arroyo y acercarse al coche por el otro lado.

Paula se inclinó, asomándose á la ventanilla, y pudo cambiar unas cuantas rápidas palabras con aquella mujer.

¿Qué fué lo que se dijeron?

Desde luego supuse que era completamente inútil interrogar á mi mujer acerca de esto. Subí á mi vez y grité al cochero, de manera que todo el mundo me entendiese: ¡Estación de Montparnasol El carruaje salió al trote hacia el boulevard. Descendiendo por la calle de Caumartin, nos encontramos con otro carruaje que seguía opuesta dirección. Creí reconocer el que, dos horas antes, había alquilado el conde. Nuestra doble expedición, pues, había salido perfectamente.

En la calle de Rivoli, y sin detener la marcha, saqué la cabeza y ordené al cochero otro itinerario.

A las ocho, menos algunos segundos, llegábamos á la estación de Lyon. Tomé dos asientos para Marsella y subimos en el expreso.

XXVIII

La conversación que sostuve con Paula, de París á Marsella, no fué, como comprendereis, amigo mío, de las más animadas. La situación era muy tirante, y no podíamos ocuparnos de superfluidades. En cuanto á reanudar el diálogo interrumpido por los padres de Paula, era imposible. Entonces la dije cuanto era necesario, otorgó con su silencio y no la oculté la indignación que su conducta me inspiraba. Pero no era yo el más apropiado para luchar con ventaja y á dirigir contra ella los dardos que el señor Blangy había puesto en mis manos. Mi exceso de amor, que me impidió tomar una resolución enérgica y viril, había hecho de mí, en cierto modo, un cómplice de las faltas de mi esposa; hubiese hecho mal papel echándoselas en cara, y el desprecio que la hubiera manifestado, tendría en mí su resonancia.

Me decidí, por respeto á mí mismo, á no tocar lo pasado, y obligarla, en tanto como me fuera posible, á que su vida tomase nuevos derroteros. Si me acusais de llevar demasiado lejos mi indulgencia y el perdón de las injurias, os contestaré que no podeis ser juez en mi propia causa. Yo no soy indulgente: amo. ¡Hé aquí mi sola excusa! ¡Y hé aquí también lo que puede sorprenderos y os dá derecho á zaherirme! Pero vuestra sorpresa no será jamás como la mía, y en cuanto á reproches, tampoco me los escaseo.

No creais, sin embargo, que yo me dispongo á dar rienda suelta á este amor que me domina, á proyectar ataques, á aprovecharme de las ventajas que me proporcionan las circunstancias extraordinarias porque atravesamos. No; seré dueño de mí, sabré contenerme.

¿Acaso no tengo la costumbre? A pesar de mi punible debilidad, tengo el sentimiento de dignidad; no me conviene, ni para hoy ni para el día de mañana, atestiguar mi cobardía ante Paula, y ser sucesor, de buenas á primeras de... quien me ha precedido.

Deseaba yo que aquella imaginación calenturienta tuviese tiempo de calmarse, que sobreviniese la reacción, y que enrojeciese al comprender sus errores. Sometida durante muchos años á perniciosos consejos, á funestos ejemplos, sujeta á un infernal dominio inconsciente de sus yerros, embriagada, ciega, necesitaba que renaciese á la libertad por pasos progresivos, que reconquistase su independencia y que la luz se hiciese en su espíritu y en su corazón. Era un alma que había que salvar. ¡Pues bien; yo la salvaría! Si me encontráis ridículo, tanto peor para vos.

Gracias á los *expresos*, y sobre todo á los *rápidos*, no es largo el camino entre París y Marsella. Mi intención no era permanecer mucho tiempo en esta última capital, que hubiera podido mantener en Paula el recuerdo incesante de la calle de Caumartín.

Estaba decidido á continuar mi viaje y á embarcarme en el primer vapor que saliese de puerto.

Si el señor Blangy, como me indicó, viajaba con su mujer hacia el Norte, hacia Inglaterra ó Escandinavia, la Mancha y el Mediterráneo se encontrarían entre las dos amigas, y yo podía, sin aventurarme mucho, abrigar la esperanza de una eterna separación.

Al llegar á la estación, en lugar de dirigirme á un hotel cualquiera, tomé un coche, monté en él con mi mujer, y mandé al cochero nos condujese al puerto.

Un vapor se disponía á levar. Me informé; aquel vapor salía á las cinco con rumbo á Orán. Estábmós en miércoles y podíamos llegar el viernes á Africa.

Me reuní con Paula.

—Si lo permitís—le dije designando el buque—nos embarcaremos.

—No tengo necesidad de consentir; basta que lo ordeneis.

Bajó del carruaje, tomó mi brazo, y bien pronto estuvimos, con nuestro equipaje, instalados á bordo.

XXIX

Después de una hermosa travesía, desembarcamos en el puerto de Orán, sábado por la mañana, y nos hicimos conducir al Hotel de la Paix, plaza Kleber, donde nos instalaron confortablemente, en un gran salón con dos dormitorios separados.

Como veis, caro amigo, yo no abusaba de la situación; me resignaba á vivir en la costa de Africa haciendo mi vida de celibatario. Si había puesto dos mares entre mi mujer y la señora de Blangy, al menos, por el momento, tenía la discreción de poner entre mi mujer y yo el espesor de algunos tabiques.

No os haré un relato circunstanciado de mi permanencia en Orán; con mi disposición de ánimo me ocupaba muy poco de la ciudad á que el azar me había conducido y de los habitantes que encerraba.

Un sólo pensamiento me dominaba: distraer á mi mujer, cambiar el curso de sus ideas, borrar en ella el pasado de

sus recuerdos y hacerle gustar una nueva vida de amorosa tranquilidad.

No era empresa fácil, yo os lo aseguro. No porque Paula, como llegué á presumir, renunciase á toda distracción y entretenimiento; no había tomado aún su partido á este propósito. Hasta parecía no guardarme rencor alguno por la violencia que usé con ella para arrancarla de París, y hasta pude observar que no pasaban para ella inadvertidas las delicadas atenciones y cuidados de que la hacía objeto.

Esto no obstante, parecía sumida la mayor parte del tiempo en una postración difícil de vencer, á pesar de sus reales y visibles esfuerzos.

Creí de pronto que su enfermedad dependiese de un estado moral lastimado á causa del brusco cambio en sus hábitos, pero luego observé mejor y parecióme que una lesión física había perturbado notablemente su salud. El enflaquecimiento que ya noté á mi llegada de Niza, había hecho visibles progresos; sus ojos brillaban y sus pupilas se habían distendido; quejábase de palpitaciones, de sofocación cuando andaba un trecho algo largo, de violentas neuralgias al corazón y la cabeza, y de una tosecilla seca que la molestaba por la noche y que yo oía de mi habitación; en fin, era víctima de un tropel de fenómenos nerviosos, causados, sin duda alguna, por una debilidad general.

X

Paula se daba cuenta de su estado y parecía inquieta. Propúsele llamar un médico y consintió en ello.

El doctor X, con el cual no tardé mucho en ponerme en relaciones, había ejercido durante largo tiempo en París, gozando de gran nombradía entre sus colegas, hasta que motivos de salud le obligaron á abandonar su numerosa clientela y fijar su residencia en Orán. Después de curado el señor X. no quiso abandonar aquella ciudad, por gratitud, casó allí, y visitaba á la gran colonia francesa con igual solicitud y talento que en París.

Llevé mi mujer á su casa; la examinó detenidamente, pareció estudiar su enfermedad con minuciosa prolijidad, y luego sin explicar nada tocante á la enferma, pasó á recetarla.

Pero á tiempo de despedirnos, me hizo seña de que

quería hablar conmigo. Dejé á mi mujer en el hotel y encontréme con el doctor.

—El estado de vuestra mujer es grave. Creo de mi deber participároslo.

—¿Qué enfermedad tiene?—preguntéle emocionado.

—En este momento, como enfermedad determinada no la hay: pero existe un estado general, una *cloro-anemia* que hace precisa una enérgica medicación.

—La impondremos, doctor; gracias á vos no dudo de la victoria.

—Estais equivocado. Yo no puedo hacer gran cosa; depende de vos.

—¿De mí?

—Sí, de vos. ¿Me permitis que os interrogue, aunque vos no seais el enfermo?

—Hacedlo, doctor.

—¿Qué existencia habeis llevado durante vuestra primera juventud?

—Una existencia de las más laboriosas y las menos disipadas.

—No lo dudo. Vos no habeis vivido en *petit crevé*, según la frase gráfica hecha de moda en París, luego que yo la dejé. No habeis derrochado vuestra salud. Os habeis conservado fresco y bien dispuesto; en la fuerza de la edad habeis escogido una compañera; ¡una hermosísima mujer á fe mía! ¿Cuánto tiempo hace que casásteis?

—Un año hará pronto—respondíle con tristeza.

—No me equivocaba. Sois aún un recién casado.

Esta conversación empezaba á amoscarme.

—¿Qué conclusión—interrumpí—sacais de todo esto, doctor?

—¡Oh! Ya me comprendéis: se es joven, ardiente, enamorado, de nada se duda, y no se tiene en cuenta que ciertas naturalezas femeniles necesitan ciertos cuidados,

cierto comedimiento. Ved, mi querido señor, las jóvenes criadas en las grandes capitales, como lo ha sido vuestra mujer, quiero decir, criadas en estufa, privadas de aire y de sol; esas, digo, no deben ser amadas ardientemente. Aunque la pasión las encante, las mata, porque no son materia preparada para ello. Un marido, en ciertos casos, debe saber calmar sus transportes é imponerle un freno al corazón.

—Según vos—reliqué sonriendo amargamente—yo no he sabido imponérselo al mío.

—La inspección que he hecho en vuestra mujer me lo indica así. No os echo en cara un crimen; pecábais por ignorancia; pero ya estais prevenido; no seais egoista.

¡Y era yo quien escuchaba tales recriminaciones! ¡Yo, acusado de poca delicadeza conyugal con mi mujer!

Prometí al doctor no ser egoista... ¿Qué iba á decirle? No podía contarle mis miserias al primero que llegase.

—¿Me prometeis, por de pronto, curar á vuestra enferma?—preguntéle.

—Lo espero, si la causa del mal desaparece. Pero no lo olvideis, su estado es grave; pueden sobrevenir accidentes que afecten al cerebro. Si no se toman precauciones, puede irse insensiblemente á lo que se llamaba, en mi tiempo, una *peri meningitis encephalitis difusa*, y que hoy, con mayor brevedad, se llama *Pachymeningitis*.

Estas palabras, demasiado técnicas, no me animaron ni hicieron decaer mi ánimo. Despedíme del doctor, temiendo que una vez lanzado al helenismo, no se detendría ya. Y además ¿no sabía yo bastante de la enfermedad de Paula? Gracias al repentino y realizado viaje, podía á un tiempo yo llamarme su salvador moral y físico.

XXXI

En medio de las *recomendaciones personales* (bien fáciles de observar) que me hizo el doctor X, el tratamiento prescrito á Paula era de los más sencillos. Mucho ejercicio, mucho aire, muchas distracciones higiénicas.

Nada me detenía en Orán, y nada me hubiese impedido seguir, á la letra, el plan combinado con Mr. de Blangy, que consistía en no parar una semana en ningún sitio, sin el accidente surgido.

Forcé la apatía de Paula, obligándola dulcemente á tomar parte en algunas giras, ya campestres, ya sobre la costa, y procuré, en cuanto de mi parte estaba, de impedirle dar noticias suyas, ni recibirlas de nadie. En nuestra segunda visita al doctor, aconsejó éste á mi mujer tomase

unos baños, que distan tres kilómetros de Orán, y se conocen con el nombre de *Baños de la Reina*, en recuerdo de la maravillosa cura obtenida allí por la princesa Juana, hija de doña Isabel la Católica.

Alquilé una calesa, que nos llevaba todas las mañanas al establecimiento balneario, y tomé á mi servicio á un niño árabe, de doce á trece años, un *gaouley*, como allí los llaman, que respondía al nombre de Beu-Kader.

Pasábamos el tiempo agradablemente; de los baños íbamos al pueblecillo de San Andrés, pintoresco en extremo; allí almorzábamos, descansábamos un par de horas, y luego acometíamos la ascensión de Mers el Kebir, sobre el cual existe una célebre fortaleza, de la que se goza un admirable golpe de vista.

Otras veces, al salir de los baños, íbamos á Orán directamente; por la tarde emprendíamos escursiones por la ciudad, y principalmente al paseo Letang, donde el horizonte se confunde con la línea verde del Mediterráneo.

Beu-Kader nos seguía siempre; siempre dispuesto á ayudarnos, y dándonos detalles de todo, en aquel *patois* de que se sirven los árabes cuando hablan con franceses.

—Tú saber, tú, señor—me decía cuando notaba que yo buscaba á Paula, ausente por algunos instantes del hotel—la señora marchó, allá, á la calle.

La verdad es que Ben-Kader estaba más enterado de lo que pasaba por calles y plazas, que de lo que ocurría en el interior del hotel, donde apenas penetraba. El *gaouley* tiene instintivo horror á los techos y tabiques de las casas. Necesita de todo el aire ambiente, y le precisa ver sobre su cabeza todo el espacio azul. Cubierto apenas con unos holgados pantalones, llevando ceñida al cuerpo una blusa de calicó, que sujeta á la cintura con un pedazo de tela roja; los pies desnudos, guarnecida la cabeza con un *fez*, su única ocupación consiste en estar sentado á lo largo de las aceras de plazas y calles frecuentadas, y cuidar de los caballos durante la ausencia de sus dueños.

Tan prodto como un oficial de caballería echa pie á tierra, un tropel de *gaouley* se precipitan á él. Busca el oficial su favorito, y le confía las riendas del caballo. El árabe abandona aqaellas; siéntase frente al bruto, y empieza una conversación. El animal, acostumbrado ya á estas prácticas, espera pacientemente la vuelta de su amo, durante algunas horas, á veces, oyendo la interminable cháchara del guardián.

Cuando regresa el caballero, el *gaouley*, siempre asido, le grita:

—Ya lo sabes, señor, tú; dame diez céntimos...

Se le arrojan los diez céntimos, y el *gaouley* desaparece; ha ganado el día.

¿Paula daba con mucha frecuencia la codiciada moneda á Ben Kader, ó había tenido el talento de conquistárselo? Era positivo, puesto que le obedecía de mejor grado y era el muchacho un devoto de mi mujer.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍ"
1920 MONTREY, MEXICO

XXXII

Después de la comida, iba yo de ordinario á matar unos momentos en el café Soubirau, y luego me reunía con mi mujer en el salón que separaba nuestras alcobas, donde, mientras ella se ocupaba en alguna labor de fantasía, leía yo, en voz alta, cualquiera obra por mí elegida. La *soiree* terminaba á las diez: á esta hora nos retirábamos á nuestros dormitorios. Esta vida, tan activa durante el día, tan tranquila por la noche, desprovista de emociones, había influido poderosamente en la salud de Paula; renacían sus fuerzas, sus colores querían volver á aparecer, y tornaba, en fin, á la buena constitución que tuvo anteriormente.

Bajo el punto de vista moral, se iniciaba también el progreso. Ya sabéis que, por delicadeza, me había prohibido yo mismo, la menor alusión ó reproche acerca de su con-

ducta connaigo; pero se daba el caso, durante la lectura, que una palabra, un párrafo, recordaban nuestra situación y parecía aludirnos. Ahora, Paula, que antes se hubiera mantenido serena, se ruborizaba y bajaba la cabeza.

*
* *

Un día, no temió hacer, por su gusto, ciertas reflexiones, que no podré pasar en silencio. Leíamos las primeras páginas de una novela, donde el autor, luego de haber narrado la infancia de su heroína, divagaba sobre el método de educación que se disponía á inculcarla.

—Que no la ponga, al menos, en un convento—exclamó Paula de pronto.

Esta salida me distrajo de mi lectura, y dije:

—¿Creéis dañosa para las niñas la educación conventual?

—Puede ser—contestóme.

—¿Qué género de educación preferís, pues?

—La que se recibe en el seno de la familia, junto á la madre.

—No es siempre fácil que una madre pueda educar bien á su hija.

—Que la eduque mal, entonces; si no le da una instrucción esmerada, cuando menos le inculcará sentimientos de honestidad.

—¿No admitiréis tampoco el colegio?

—Admito el colegio siempre y cuando el número de discípulas no pase de cuarenta.

—¿Por qué?

—Porque de este modo puede ejercerse sobre las alumnas una vigilancia más activa más maternal, digámoslo así. Lo que me desagrada de los conventos, como centros educativos, no es la educación religiosa que allí se recibe. ¡Dios me guardel! ¡Jamás me perdonaría una impiedad! Lo que me disgusta es que abra sus puertas á doscientas ó trescientas niñas de toda edad y toda condición. Me diréis que las niñas están separadas por edades. Por de pronto, esto no es rigurosamente exacto; se llega, por ciertas circunstancias, á violar esta determinación y á permitir la mezcla de edades. ¿Y después de todo, qué se entiende por *grandes* y *pequeñas*?

Las que tienen diez ó doce años, son pequeñas; las grandes oscilan entre quince y diecisiete. He aquí la clasificación habitual, que es absurda á los doce años; ciertas niñas son, moralmente, *grandes*, y muchas jóvenes de diecisiete merecían todavía vivir con las pequeñas.

Se las clasifica materialmente, clásicamente, por decirlo así, cuando debiera ser moral la clasificación.

¿Qué pasa? Que la inocencia se pone en contacto con la perversión, y pierde bien pronto el candor y la virginidad del alma. En un colegio de pocas alumnas, al contrario, la directora é inspectoras viven con aquellas una vida de familia, hablan con todas, reciben sus confidencias, conocen sus defectos, y pueden, con conocimiento de causa, separar del rebaño las ovejas dañadas; si son personas honestas y de criterio, ejercen una saludable influencia en sus educandas. En el convento, las religiosas están animadas, sin duda, de excelentes intenciones, pero su influencia se disemina en mucho terreno, para que pueda germinar con buen éxito; dan lección á los niños, pero no les dan consejos; porque en general son santas y buenas mujeres, demasiado quizá para que sean buenas institutrices,

no conocen el mal, rehusan creerlo y admitirlo, é ignoran una porción de defectillos femeniles en comunidad, que debían observar.

Detívose Paula y preguntéle.

—¿Luego dudais que pueda ser honesta una joven criada en un convento?

—Libreme Dios, —exclamó, —de semejante ideal. No digo tal cosa. Las impresiones recibidas en el convento se borran fácilmente; las más impresionables pueden ser, en su día, intachables esposas y excelentes madres.

—Lo creo: como también que algunas saldrán del convento tan puras como entraron.

—Ciertamente —replicó Paula—es asunto de la casualidad; depende de las compañeras que elija.

*
*
*

El giro que había tomado nuestra conversación, había, sin duda, despertado en ella antiguos recuerdos. Con el codo sobre la mesa, la cara sobre la palma de la mano y la vista vaga, guardó Paula silencio. De pronto, sin cambiar de postura, dijo con voz emocionada, como si hablase consigo mismo:

—Se llega á tener catorce años, y el espíritu viejo, (por esa innata coquetería de la mujer); se es pura, gracias á la educación materna recibida hasta entonces. De golpe os meten en un colegio. El frío os penetra, os invade el sentimiento de la soledad, y os creéis perdida entre aquellas

caras evtrañas que os inspeccionan sin hablaros: á la hora de recreo se busca un rincón para soñar en el cuartito *vuestro*, con *vuestra* casa, donde habeis pasado horas tan felices. ¡Qué triste estará mi madre!—gime una.—¡Segura estoy que ahora llorará... como yo! Y llorais recordando cuando la abrazásteis para entrar en aquella odiosa pensión. Cuando levantais la cabeza, advertís que no estábais sola. Hay una niña sentada en el mismo banco, á poca distancia. Os toma una mano que le abandonais, y os dice cariñosamente: «No lloreis más; no sereis desgraciada aquí, yo os lo aseguro; nos divertimos bastante, ya vereis.» Entablais conversación dichosa de encontrar á quien contarle vuestras penas y cambiar impresiones.

*
* *

Poco á poco se intima, se llega á querer con toda el alma á la que os demostró simpatía cuando la érais completamente extraña. Es fácil conquistar un corazón de catorce años; déjase una arrastrar y es dichosa de ceder.

Si es un hombre el que os dice: ¡Qué hermoso talle! ¡Qué hechiceros ojos! ¡Qué lindas manos! ¡Permitid que las admire!, enrojeceis instintivamente y huís no queriendo escuchar tales lisonjas. Pero si es una mujer la que os habla, la escuchais sin turbación, frecuentemente con placer, y devolveis cumplimiento por cumplimiento, y flor por flor.

De flor en flor, de confianza en confianza, vuestra compañera influye poderosamente sobre vos; más vieja y

más curtida en la vida conventual, en la que sois novicia, conoce la casa palmo á palmo y os la hace conocer; es también más hecha, más formada, más experimentada que vos; pone su experiencia á vuestras órdenes, y como estais en la edad en que se quiere aprender, escuchais y aprendeis.

Bien pronto no es sola la afección la que os une á vuestra amiga; empezais á respetarla y á temerla. Os encontráis ignorante, pequeña, anulada á su lado; llega, por un trabajo incesante de presión y cariño, á adquirir vuestra confianza, á conocer vuestra vida, vuestras flaquezas, y desde aquel momento solo veis por sus ojos, perdeis la conciencia de lo justo y de lo injusto, os domina, y teneis que doblegaros hasta á sus caprichos.

A las veces se quiere sacudir este yugo, pero es vano todo esfuerzo; mil indisolubles lazos, mil recuerdos tiránicos, os encadenan mutuamente hasta que se sale del convento. En esta época, los lazos se rompen, los recuerdos se desvanecen... á menos que—y Paula bajó la voz—á menos que la casualidad, ó mejor, la fatalidad, os reunan de nuevo, y entonces...

—¿Y entonces?—repetí yo.

—Entonces—murmuró—¡está una perdida!

—Pero—exclamé yo—¿no admitís que se pueda escapar de tan inicua dominación?

—Sí,—respondióme—con el tiempo y por la ausencia.

XXXIII

Al cabo de un rato, añadió como concluyendo una reflexión mental:

—Con mucha frecuencia, no son los hombres los que pierden á las mujeres, son las mujeres las que se pierden entre ellas.

Ya lo veis, mi querido amigo, Paula había llegado, por sí sola, sin reproches y sin sermones morales, á juzgar su existencia pasada y á condenarla.

Os puedo asegurar que hablaba con toda sinceridad, sin intención de inspirarme una confianza que debía burlar más tarde, ó de hacer gazmoñerías para que mi opinión acerca de ella se mejorase. Había entrado francamente en su convalecencia moral, con aquella viveza, aquel ardor, que habreis reconocido en ella por mi relato. Pero, según su propia confesión, el tiempo sólo podía completar la curación, fortificarla en sus resoluciones, borrar de su espíritu

las impresiones primeras, y volverla inaccesible á las influencias tanto tiempo dominantes.

¡Ay de mí! Yo era dichoso ante el resultado obtenido y no me inquietaba para lo porvenir. El tiempo me ayudaría, no podía dudarle. ¿Qué entorpecimiento, qué accidente podía turbar la obra comenzada? ¿No estaba ignorada de todos nuestra residencia? ¿Acaso Paula no había echado en completo olvido, hasta el país en que habitaba la culpable de sus extravíos?

Lleno de confianza ante mejor futuro, persuadido de que mi suerte, y de que mis sueños, tanto tiempo burlados, no tardarían en verse realizados, di largas á mis impacientes nervios; mi amor era tranquilo y reposado. Llegaron, en cierto punto, á metamorfosearse; yo veía en Paula una niña enferma que había que curar y educar.

Me pertenecía á una sola tarea, cual un médico que se encarga de un cliente deshauciado, y espera salvarlo á pesar de todo; como un sacerdote que quiere convertir al impenitente reo y ve que sus exhortaciones tocan al endurecido corazón. Mi amor se había hecho un tanto platónico; tenía más ternezas y menos deseos.

Paula parecía penetrada de la más viva gratitud por mis cuidados y atenciones; me daba las gracias con una sonrisa, una dulce mirada ó un apretón de manos. Hasta creo que se había hecho algo coqueta conmigo, sin duda por espíritu de oposición. Ya lo veis, amigo mío, ya llego al punto y vos no dudais que penetre en él y dé fondo agradablemente; os doy las gracias por esta prueba de confianza, pero, antes de alegrarnos de mi asunto, tened la bondad de volver la página de este manuscrito.

XXXIV

Había yo adquirido en Orán, la costumbre de levantarme con el sol y de emprender una larga expedición á caballo, mientras Paula dormía aún ó se entretenía en el tocador. Ben Kader esperaba mi regreso, y cuando me veía desembocar en la playa, corría á noticiarlo á mi mujer. Bajaba entonces ella de sus habitaciones y subíamos al carruaje, que nos esperaba para conducirnos á los baños de la Reina.

Una mañana, creo que era un sábado, en el instante en que me apeé delante del hotel, Ben-Kader vino hacia mí y díjome con triste voz:

—Tú, saber, tú, la señora marchar.

—¿Qué señora?—pregunté sin comprenderlo.

—Señora tuya.

—Partido... ¿y á dónde?

Extendió gravemente una mano en dirección al mar, y dijo:

—¡Por allá; abajo!

No pude dominar un estremecimiento glacial. Pero me repuse en seguida. ¿No había visto á Paula, precisamente aquella mañana, al irme yo, y me había recomendado que volviese pronto? Cansada de esperarme, sin duda, habría-se ido á dar una vuelta hacia el puerto.

Encontre á un camarero, al penetrar en el hotel.

—¿Ha salido mi esposa?—pregunté.

—Sí, señor; hace una hora; salió con una señora que vino á buscarla esta mañana, algunos minutos después que el señor salió á caballo.

Una sospecha terrible cruzó por mi mente.

—¿Una señora?—repetí;—pero ¿qué señora?

—No la conozco; no la he visto jamás en Oran... una extranjera.

—Una extranjera... ¿querréis una francesa decir?

—Puede... en todo caso, no es del país.

—Y esa señora,—continué, temblando,—¿es joven, linda, rubia?...

—¡Oh! no, señor; es una mujer de unos cuarenta años, y tiene los cabellos negros.

Respiré.

—Me ha parecido,—continué el camarero,—una criada de buena casa.

Apenas pronunciadas estas palabras, me lancé á la escalera y gané á toda prisa mi habitación.

Nada allí anunciaba un viaje; la ropa de Paula colgada en su sitio habitual; la blanca, en la cómoda; su maleta, en un rincón. Decididamente mis temores eran ridículos; habría salido quizás con alguna modista y no tardaría en volver.

Volví al salón que había atravesado rápidamente y fui-

me á ver la hora en el reloj, que estaba sobre la repisa de la chimenea. Un papel sobre ella llamóme la atención.

Era una carta de Paula.

Su contenido, éste:

«Me veo precisada á dejaros por algunos días; perdonadme y tened paciencia. Volveré, os lo juro.»

No perdí tiempo dándome en divagaciones; comprendí únicamente que Paula se escapaba y que era preciso recobrarla.

Bajé de un salto las escaleras, franqué el vestíbulo, salí á la playa y apercibí á Ben-Kader, melancólicamente acurrucado en la acera.

—Ven,—gritéle;—condúceme.

—¿Dónde?—dijo levantándose.

—Me has dicho que mi mujer ha partido; ¿á qué lado se dirigió?

Sin decirle palabra, el *yaouley* me precedió gravemente, encaminándose al puerto.

Le encarecí que fuese de prisa; recomendación inútil; sin perder su mesurado paso, llegó á una agencia próxima al muelle, y señalóme con el índice un cartelón pegado á la fachada.

Leí lo siguiente:

EL OASIS

Capitán: Ragul.

Saldrá hoy sábado, á las diez, para Gibraltar.

Cuando me volví hacia Ben Kader, aquel índice mudo volvió á levantarse, señaló el horizonte del mar y la voz

del *yaouley*, preñada de lágrimas, me hizo oír:—¡Muy lejos!
Aquella pantomima era más elocuente que el mejor discurso; Paula se había embarcado á las diez, en el «Oasis,» para Gibraltar... ¡y eran las doce!